



www.loqueleo.com/uy

© 2011, Daniel Baldi

© De esta edición:

2016, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-95-481-6

Depósito legal: xxxxxxxx

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: marzo de 2016

4 ediciones anteriores publicadas en el Grupo Santillana

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior:

Martín Santana

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El Súper Maxi del Gol

Daniel Baldi

loqueleg

A mi amigo Rodolfo
«Fofó» Clavijo
EL PADRINO

*¡Levanta las manos,
saluda a tu hinchada,
el Súper Maxi del Gol,
el Súper Maxi del Gol...!*

—*Maxi* acomoda el balón sobre el punto penal... —dice José Vargas, el relator de radio más escuchado en Zaragoza—. ¡La tensión es total...!

11

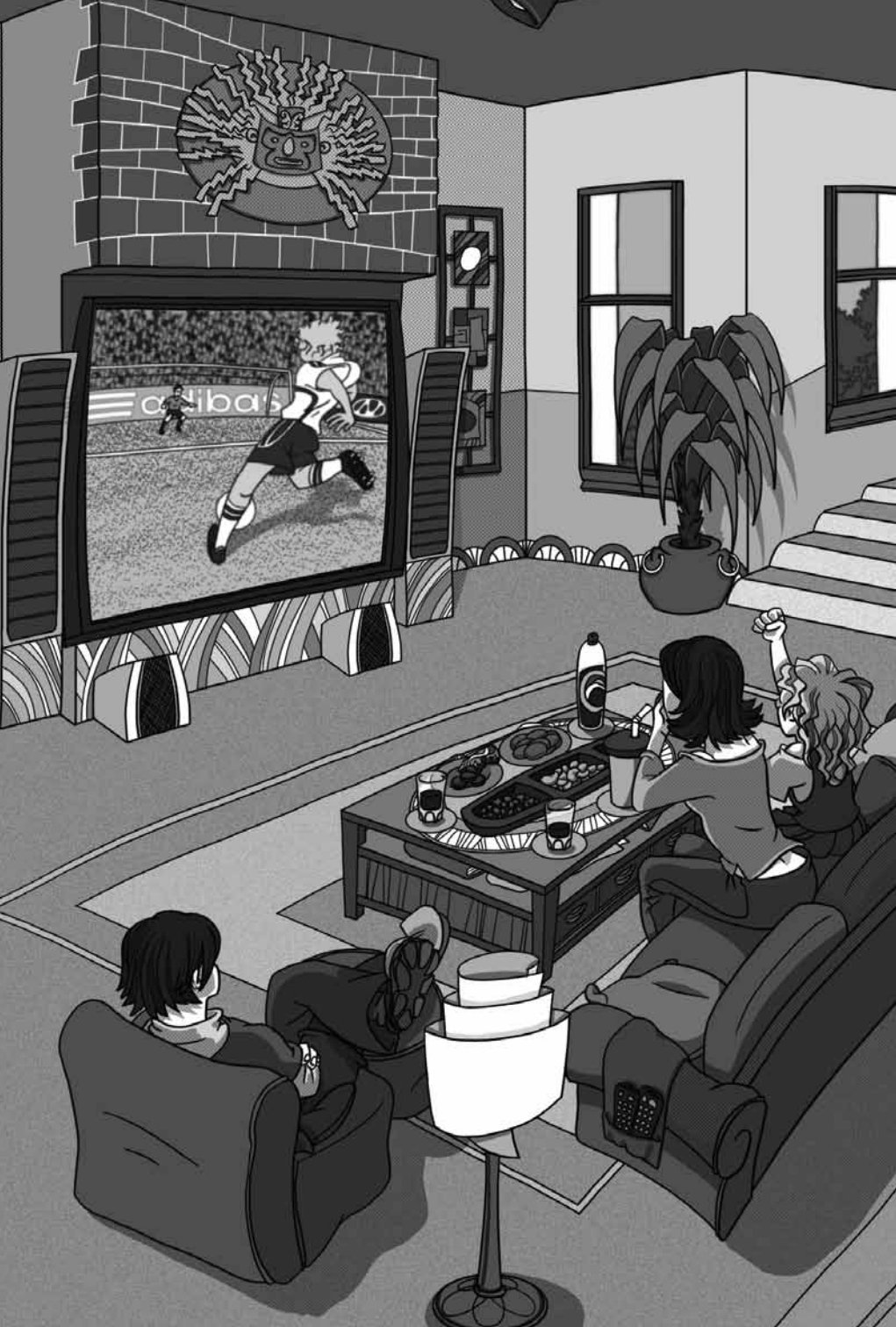
Micaela, la hija menor de *Maxi*, aprieta la mano de su madre, sin quitar los ojos de la pantalla.

—El portero inglés arquea las rodillas, con la vista clavada en el balón, mientras el *Súper Maxi del Gol* toma cinco pasos de distancia...

—Creo que el portero está un tanto más volcado hacia su derecha —interviene Elías Arroyo, el comentarista de Vargas.

—*Maxi* inicia el retroceso. ¡Momento de tensión en el estadio! Si el *Súper Maxi del Gol* logra convertir el penal, el Zaragoza, por primera vez en su historia, se clasificará a la semifinal de la Champions League...

Julieta baja la cabeza, no quiere mirar. En los pies de su marido está la oportunidad de que el equipo de la ciudad logre la hazaña más importante de su historia. Fugazmente, se le cruza el recuerdo de las palabras que él le dijo el pasado lunes, en el aeropuerto, antes de salir hacia Londres: «Mi amor, ojalá logre quedar en



la historia del club. Y que tanto esfuerzo haya valido la pena». Sí, *tanto esfuerzo*. La mudanza, el cambio de escuela de los niños, las concentraciones interminables, y una gran popularidad, por la que no podían ni salir a la calle... Ahora, sintiendo el pulso de su hija en la mano, Julieta vuelve a mirar la pantalla. Ruega «por favor» en el instante en que las cámaras captan un primer plano del esposo. Él, al igual que el arquero inglés, está concentrado en la pelota. El árbitro da la orden.

—¡A ver, *Maxi*, vamos! —arenga Vargas—, haz que toda esta ciudad y el país entero festejen tu hazaña.

—¡Vamos, *Maxi Gol!* —grita Arroyo, en el momento en que la superestrella inicia la carrera hacia la pelota.

Maxi Júnior —Maximiliano—, el hijo mayor del *Súper Maxi*, observa la jugada desde el otro extremo de la sala. A diferencia de su hermana y su madre, su postura es más relajada, más desinteresada, que la de las mujeres. Pero igual sigue atentamente lo que su padre está por hacer.

—¡Ahí va *Maxi!* —vocifera Vargas—, ¡corre, va!, ¡estááá, le pegóóó...! ¡¡¡Gooooool!!!

Estalla Zaragoza, estalla España. De fondo, en la radio comienza a sonar una canción en la que se repite «¡Que viva España!», mientras José Vargas y Elías Arroyo se abrazan en la cabina del estadio del Arsenal, festejando el hecho más importante de la historia de su amada institución.

En el *living* de la casa, *Mica* es la primera en saltar, seguida de su madre, mientras en la televisión el *Súper Maxi* corre revoleando la camiseta al encuentro de sus

compañeros. Se tiran unos sobre otros, mientras los relatores vitorean una letanía interminable:

—¡Uruguayo! ¡Ídolo, uruguayo...! ¡Uruguayo! ¡Ídolo! ¡Uruguayo...!

Mica y *Julieta* saltan alborotadas. Pero ahora es *Maxi Júnior* el que baja la cabeza. Hasta que, cansado de la euforia desatada por su madre y su hermana, les pide, enojado, que se callen.

14 Julieta es la primera en detener los festejos. Enseguida se arrima a él, preocupada.

—¿Qué pasa, mi amor? —le pregunta.

El niño se larga a llorar. Su hermana se vuelve al sofá y continúa mirando la televisión, en silencio.

—Mi amor —repite *Julieta*—, ¿qué pasa?

Maxi Júnior levanta el rostro hacia ella, y dos lágrimas resbalan por sus mejillas.

—Papá pasó de fase y juega de nuevo el miércoles que viene —gimotea.

En ese momento, *Julieta* cree entenderlo todo. Hace cuatro años, cuando el padre había vuelto de Emiratos Árabes para jugar, en San Lorenzo de Argentina, la Copa Libertadores de América, pasó concentrado el día del cumpleaños de su hijo. Esa vez fue la primera que se perdió un cumpleaños. Al otro año llegó el pase a México y se perdió el segundo por jugar un partido entre semana. El tercero fue por tener que viajar a jugar un partido amistoso con la selección uruguayo. El año anterior, jugando en el Paris Saint-Germain de Francia, fue por un partido más de la Champions League. Y este, el quinto consecutivo, sería por la semifinal de ese torneo. Esto, al

niño le dolía tanto, que su último cumpleaños en París no había querido celebrarlo, pasando ese día encerrado en su cuarto y recibiendo la única e incondicional compañía de Simona, una compañera de clase que se había transformado en su mejor amiga. En sus primeros años de vida, *Maxi Júnior* era alegre, simpático, con la mirada chispeante, amante del fútbol, hasta tal punto que se la pasaba el día entero jugando a la pelota, ya fuera solo o con amigos; sin embargo, desde el año anterior en Francia, su ánimo venía cayendo estrepitosamente. Era como si toda esa alegría que lo había caracterizado alguna vez se estuviera evaporando, siendo ahora, en España, un niño triste, taciturno, que todo el día permanecía callado, jugando en su cuarto con la *playstation* o escuchando música con los auriculares, a todo volumen. El fútbol ya no le gustaba; es más, parecía odiarlo.

Este año, la historia volverá a repetirse.

—No puedo creer que festejen tanto —sentencia y se va para su cuarto.

Julieta se vuelve hacia su hija y ve que esta la mira.

Mica comparte el mismo deseo irrefrenable de su padre por llevar a su nuevo equipo español a una semifinal del torneo más prestigioso del mundo. Ella entra con su padre a la cancha muy seguido y ama cada vez que en la escuela sus compañeros le dicen que la han visto en la tele. Le encanta verles las caras de asombro cuando se enteran de que ella es la hija del *Súper Maxi del Gol*. Adora el fútbol y sobre todo a su máximo ídolo: su papá. Por lo que ahora sinceramente no entiende la actitud egoísta de su hermano mayor, de once años

—cinco más que ella—, quien siempre se rehúsa a ir a la cancha a ver los partidos de su padre y no disfruta nada del espectáculo.

Julieta se sienta a su lado.

—Tu hermano vivió más cosas que vos —comienza a explicarle—. Vivió en Uruguay, Argentina, Rumania, Emiratos Árabes, de nuevo Argentina, México, Francia y ahora acá. Y sufrió mucho todos esos cambios.

16 *Mica* arruga el entrecejo tratando de comprender. Cada vez que Julieta ve los pliegues que se le forman en la frente a su hija cuando se concentra, le parece estar viendo a su marido.

—Pero yo también viví en esos países —deduce *Mica*.

—Pero vos eras una beba —contesta su madre— y él era un niño que ya comenzaba la escuela, y a tener amigos —agrega sin poder evitar el recuerdo de Simona en ese momento. Francesa, de padres italianos, Simona había llegado a cautivar de tal manera a su hijo que separarse de ella había sido la gota que rebasó el vaso.

Mica asiente, no del todo convencida. Miles de preguntas se le agolpan en la mente, pero entiende que en ese momento lo más importante es que su madre vaya a ver a su hermano.

—¿Me dejás ir...? —le pide Julieta, y la niña, acostumbrada a este tipo de berrinches en *Maxi*, le contesta que sí.

Al quedar sola en el *living*, vuelve a mirar la televisión. En ese momento su papá, con el torso desnudo, está brindando una entrevista desde el campo de juego. Emocionada, se acerca al televisor, preguntándose por qué diablos su hermano no puede disfrutar como lo hace ella.

Luego del tercer golpe en la puerta, le grita que pase.

17

Al abrirla, Julieta lo encuentra acostado, de espaldas a ella. A veces le parece que está enorme; pero otras, como ahora, lo ve como aquel niño que dormía con ella en la cama porque no lograba adaptarse a su nueva habitación, su nuevo país, su nuevo horario. Luego, cuando la casa nueva parecía pertenecerles y alcanzaba la confianza necesaria para quedarse solo en su dormitorio, terminaba el año y había que mudarse a otro lugar, quién sabe adónde, y todo volvía a empezar.

Julieta hará lo posible por consolarlo; empieza por sentarse a su lado.

—Mi amor —le dice, tratando de encontrar palabras que no hayan sido utilizadas en las últimas crisis—, a papá también le duele mucho perderse tu cumpleaños.

—Mentira —protesta él enseguida—, ¿no viste cómo festejaba?

Julieta eleva la mirada al techo, el mismo techo de los últimos seis meses, ese tan distinto al que acompañó a su hijo durante todo el pasado año en París, o a los dos anteriores en México.

—Mi amor —repite—, papá acaba de lograr algo histórico en el club, por eso es que se sentía contento. Pero que él esté feliz no quita que al mismo tiempo le duela perderse tu cumple.

Pasan unos segundos en silencio, en los que el niño parece estar procesando lo que acaba de escuchar.

—Mamá —susurra finalmente—, ¿cuándo se va a terminar todo esto?

18 Ella intenta responderle que muy pronto, pero un inoportuno recuerdo cruza de improviso por su cabeza entorpecidiéndole el habla. Se lleva una mano a la boca.

El recuerdo es de la época en que iba a la Universidad en Montevideo. Julieta conoció al ahora *Súper Maxi del Gol* cuando él era tan solo Maximiliano Fuentes, un simple jugador de la primera de Wanderers. En aquel entonces, ella cursaba su tercer año de Derecho en la Facultad cuando, en un baile, se conocieron. A partir de ese momento comenzaron a salir. Al poco tiempo de estar de novios vino el gol en el Estadio Centenario, contra Peñarol. Luego el pase a Nacional de Montevideo. El casamiento. El pase a Argentina. El abandono de sus estudios de Abogacía. El nacimiento de su hijo. El ser madre veinticuatro horas al día en el país que fuera. El acompañar a su marido como si se tratara de una valija más. El estar sola con su hijo sin conocer a nadie, sin hablar el idioma, sin saber en qué ocupar el día más que en estar con *Maxi* y hablar por teléfono con sus amigas y familiares en Uruguay...

—Yo también deseo que termine —murmura, quitándose una mochila inmensa que viene arrastrando desde que toda esa vida comenzó.

Sorprendido ante las inesperadas palabras de su madre, el niño se incorpora sobre la cama. Nunca antes ella le había contestado algo así. Viendo la cara de su hijo, Julieta se da cuenta de que ya es tarde para remediar las palabras que se le acaban de escapar.

—Es así —afirma—, yo también sufro el hecho de no poder pasar con él el día de tu cumpleaños, el mudarnos todos los años, el distanciarme de amigas, haber abandonado mi carrera, dejar todo atrás, pero... —ahora *Maxi* la mira con las cejas enarcadas— creo que papá se lo merece —concluye la madre en un susurro.

Su hijo nota que está frenando el llanto, por lo que decide poner punto final al asunto. Desesperado, porque no quiere ver llorar a su madre, le dice que la ama y se une a ella en un fuerte abrazo. Julieta se refugia en sus brazos como si la hija fuera ella y no él.

Al soltarse, ambos han recobrado las fuerzas y sienten que, al menos por un día más, se les hará posible soportarlo.

—¿Quieres volver al *living*? —le pregunta.

—No —contesta el niño—, me voy a quedar jugando con la *play*.

Ella asiente y le da un beso.

—Hasta mañana, mi amor.

—Hasta mañana, mamá.

Al salir de la habitación, siente la vibración de su celular dentro del bolsillo de su pantalón. En el visor aparecen dos palabras: «MI AMOR». Se aleja rápidamente.

Cuando llega al *living*, *Mica* está mirando la repetición de las mejores jugadas del partido. Antes de

atender el celular, Julieta intenta cambiar la energía que arrastra de la charla con su hijo, para que su marido la escuche con la euforia que debería tener.

—Mi amor —le dice al responder, sin llegar a un grito pero demostrando entusiasmo—, ¡te felicito!

—¡*Juli!* —grita él, esforzándose para que lo escuche, el bullicio en el vestuario es ensordecedor—, ¿vieron lo que fue? Acá no lo podemos creer, estamos todos emocionados.

20 —Sí —contesta ella—, en el momento previo al penal creí que me moriría.

Él ríe. Como se le hace difícil mantener la charla, pide a Julieta que le pase con sus hijos.

—¡*Mica!* —llama Julieta.

La nena viene corriendo con alegría.

—¡*Papi!* —grita bien fuerte, no bien se lleva el celular a la oreja—, ¡te quiero!, no sabés lo contenta que estoy.

Julieta se queda mirando a su hija, sintiendo una alegría inmensa. El hecho de verla así la tranquiliza. Siente la diferencia entre sus dos hijos. Por un lado está el varón, hartado de la vida que le toca vivir, y por el otro la niña, encantada con esa vida.

Mica termina de hablar con su padre y le devuelve el teléfono.

—Pasame con *Maxi* —le pide su marido.

—Se encerró en su cuarto —le responde. También su marido conoce a la perfección las frecuentes crisis de su hijo.

—Bueno, está bien —contesta él, apenado, pero sin la posibilidad de hacer nada para solucionar el problema—. Estamos llegando a Zaragoza mañana al mediodía, así que vayan a buscarme. De ahí nos vamos a comer todos juntos porque de noche nos vuelven a concentrar.

Evidentemente se había gestado un cambio de planes. La noche siguiente creían que él por fin dormiría en casa, pero, a raíz del triunfo, a último momento el técnico habría decidido mantenerlos concentrados, a la espera del partido del fin de semana. Julieta nunca entendería estas cosas.

—Está bien —concede, resignada—. Hasta mañana, mi amor, que descanses. Te amo.

—Hasta mañana, amor. Yo también te amo —responde él y corta.

Con el reloj marcando las once de la noche, Julieta le dice a *Mica* que es hora de irse a dormir. La niña acepta sin poner objeciones.

Antes de entrar a su dormitorio, que rebosa de *posters* de su padre vistiendo el equipo del Zaragoza, pasa por el baño para lavarse los dientes y hacer el último pichí del día. Luego se pone el pijama y se mete en la cama.

—*Mami* —le dice en el momento en que Julieta se acerca para darle un beso—, creo que esta noche voy a soñar con la semifinal de papá.

La madre le sonrío y le desea dulces sueños, antes de apagar la luz y dejar entornada la puerta.

De nuevo en el *living*, decide llamar a sus padres en Uruguay. Estos están eufóricos. Cuando la atiende su

mamá, le dice que su padre, Víctor, salió a festejar el triunfo de su yerno con los amigos. Julieta se ríe.

—Mamá, mañana voy a reservar los pasajes —le informa.

—Perfecto, hijita.

—Tienen uno que sale de Montevideo el lunes de tarde y llega acá el martes temprano.

—Bien, querida —contesta su madre—. Decime, ¿qué les puedo llevar de regalo a los chiquilines?

22

—No te hagas problema —contesta su hija con sinceridad—. Ya tienen de todo y hasta más de lo que necesitan. El regalo más grande para ellos es que vengan ustedes y *Maxi* no pase solo su cumpleaños.

—¿Cómo está? —pregunta la abuela, con cierto tono de preocupación.

Habían pactado que si el Zaragoza clasificaba a la semifinal, ellos irían al cumpleaños para que no sufriera tanto como el año anterior en Francia.

—Está triste, pero verlos a ustedes lo va a ayudar a sentirse mejor.

—Está bien —contesta su madre—, ahí estaremos. Te quiero, hijita.

—Un beso, mamá.

Al cortar, la joven vuelve a quitar el teléfono de su base, con el deseo de llamar a Sandra, su mejor amiga.